

LIBROS

Martin Wolf
THE CRISIS OF DEMOCRATIC
CAPITALISM

Álvaro Delgado-Gal
LOS CONSERVADORES
Y LA REVOLUCIÓN

Javier Tajadura Tejada
SIEYÉS Y LA LENGUA
DE LA CONSTITUCIÓN

José Antonio Montano
OFICIO PASAJERO

Oswaldo Soriano
ARQUEROS, ILUSIONISTAS Y GOLEADORES

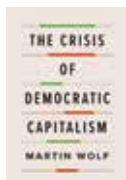
Vivian Gornick
EL FIN DE LA NOVELA DE AMOR

Ali Smith
FRAGUA

POLÍTICA

Reformar el capitalismo, preservar la democracia

por **Armando Chaguaceda**



Martin Wolf
THE CRISIS OF
DEMOCRATIC
CAPITALISM
Nueva York, Penguin Press,
2023, 496 pp.

El debate sobre el orden socioeconómico y político dominante de la modernidad occidental —en sus formas de capitalismo de mercado y democracia liberal— no pierde actualidad. A los trabajos recientes de Branko Milanovic, Thomas Piketty y James Robinson se une ahora el último libro de Martin Wolf, *The crisis of democratic capitalism*. El autor, voz autorizada del *Financial Times*, mezcla en las

casi quinientas páginas de esta obra una buena dosis de memoria personal y familiar, diagnóstico profundo —con abundantes datos, tablas y cientos de referencias bibliográficas— y sobria prognosis. Logra con esos elementos una sugerente lectura híbrida —que mezcla teoría económica, historia política y psicología social— de los desafíos actuales.

Los retos de hoy en día, nos dice Wolf, son tan importantes como los de la primera mitad del siglo xx: cambios en los ejes de poder global, crisis económicas, guerras entre potencias, pandemias, colapso de las democracias e incremento del autoritarismo. Su tesis es que el éxito de nuestras sociedades depende de un delicado equilibrio, hoy roto, entre lo económico y lo político, lo individual y lo colectivo, lo nacional y lo global. La economía no brinda seguridad y prosperidad a grandes mayorías, hay pérdida de confianza en las élites políticas e intelectuales, crecen el populismo —de izquierda y de derecha—, el autoritarismo y la política de identidad. Se viraliza una pérdida de confianza

en la noción de verdad que erosiona la posibilidad de un debate informado y racional entre los ciudadanos, el fundamento mismo de la democracia.

Su libro está dividido en cuatro apartados. El primero aborda, conceptual e históricamente, la relación entre política y economía con el foco puesto en el nexo entre democracia (liberal) y capitalismo (de mercado). El segundo examina la crisis de ambas formas de organización política y económica a partir del ascenso global, paralelo e interrelacionado, del capitalismo burocrático y predador y la política populista y despótica. La tercera parte analiza las reformas necesarias para alcanzar, en las condiciones actuales, economías más inclusivas y democracias más saludables. El último apartado aborda cómo el relanzamiento de una alianza de Estados capitalistas democráticos debe participar, de manera defensiva y proactiva, en el nuevo orden global en reconfiguración. En las conclusiones, remarcando lo expuesto a lo largo de la obra, Wolf destaca la responsabilidad de las élites económicas, políticas e intelectuales

para preservar al capitalismo democrático, frente a las “alternativas” plutocráticas y despóticas.

La democracia liberal y el capitalismo global —triumfantes hace tres décadas frente al modelo leninista de partido único y economía de comando— han perdido legitimidad. El “capitalismo democrático”, síntesis inestable de ambos sistemas, está en crisis. Aunque sigue siendo históricamente el sistema político y económico más exitoso —en términos de su capacidad para generar de modo combinado prosperidad, seguridad y libertad—, debe hoy redefinir y reequilibrar sus lazos internos entre economía de mercado y política democrática. El conflicto potencial entre estos dos ámbitos, recuerda el autor, es evidente: la política democrática, basada en la idea igualitaria de “una persona, un voto”, tiene base nacional; la economía de mercado, sustentada en la idea desigual de que los competidores exitosos cosechan las recompensas, opera a escala global.

Con democracia, Wolf se refiere a su forma liberal con elecciones libres y justas, la participación activa de los ciudadanos, la protección igualitaria de los derechos humanos y la vigencia de un Estado de derecho, elementos todos necesarios en su combinación. El capitalismo lo define como una economía de mercados, competencia, iniciativa y propiedad privada. El tamaño, el alcance y la naturaleza del gobierno, con respecto a la intervención regulatoria, los impuestos y el gasto, varían entre los países.

A diferencia de las sociedades jerárquicas de la antigüedad, en las que la riqueza y el poder eran dos caras de una misma moneda, el capitalismo democrático exige la separación —siempre relativa y contingente— del poder y la riqueza, de la política y la economía (y viceversa). En una economía de mercado no competitiva —“capitalismo de amigos” o “capitalismo de conexiones”— el acceso a la riqueza proviene primordialmente

de las conexiones personales y el sistema político se explota para el beneficio particular de los poderosos y sus familiares, favoritos y partidarios. Si la riqueza compra el cargo o el apoyo de quienes ocupan el cargo, el sistema político será una plutocracia, donde los oligarcas destruirán la economía de mercado competitiva.

Un grado de separación entre los sistemas económicos y los políticos y su protección mutua a través de instituciones independientes, normas aceptadas y reglas vinculantes es una condición necesaria para que cualquiera de los sistemas funcione de forma correcta. Por lo tanto, estos dos socios en el matrimonio del capitalismo con la democracia se necesitan uno al otro. Pero también deben permitirse una existencia independiente. Es este frágil equilibrio el que debe mantenerse para que cualquiera de los dos prospere y su fusión, el capitalismo democrático, sobreviva. Si el autoritarismo de algún tipo reemplazara a la democracia liberal, sería poco probable que el capitalismo de mercado competitivo sobreviviera. Una forma corrupta de neopatrimonialismo sería mucho más probable.

El delicado equilibrio entre la política y el mercado puede ser, según el autor, destruido tanto por el hipercontrol estatal sobre la economía como por la captura capitalista del Estado. La forma extrema de control estatal sobre la economía es el socialismo estatista —llevado a cabo un siglo atrás por la Revolución bolchevique y reeditado por sus discípulos en diversos rincones del globo— que Wolf define como un sistema donde la política autoritaria somete a la esfera mercantil y en el que el Estado posee y el gobierno controla los principales medios de producción. Este sometimiento estatal de la economía se traduce, por otro lado, en la captura plutocrática del Estado bajo una forma de capitalismo depredador que genera enormes desigualdades de ingresos y riqueza mientras fusiona

poder económico y político, bajo el control del primero.

El autor enfatiza que el Estado de derecho es un pilar esencial y compartido de la democracia y el capitalismo, en tanto protege libertades esenciales para ambos. Si bien tales libertades no son absolutas, pues deben estar acotadas por límites legales e institucionales, las personas deben poseer derechos que las protejan de la coerción arbitraria de los gobernantes y la coacción ambiciosa de los empresarios. La idea de igualdad de estatus, indica Wolf, es crucial aquí y aproxima la democracia con el capitalismo. En una democracia, todo el mundo tiene derecho a tener voz en los asuntos públicos. En un mercado libre, todos tienen derecho a concurrir ofreciendo o adquiriendo algo. Además, prosigue el autor, tanto la democracia liberal como el capitalismo de mercado comparten un valor fundamental: la creencia en el valor y la legitimidad de la agencia humana.

Sin embargo, recuerda Wolf, el matrimonio entre estos opuestos complementarios —la búsqueda de mercados competitivos para la toma de decisiones colectiva de la democracia— es siempre un arreglo contingente, frágil. La viabilidad del capitalismo democrático también depende de la presencia de ciertas virtudes en la población en general y especialmente en las élites. Ni la política ni la economía funcionarán sin un grado sustancial de honestidad, confiabilidad, autocontrol, veracidad y lealtad compartidas a las instituciones políticas, legales y de otro tipo. En ausencia de estas virtudes, un ciclo de desconfianza corroerá las relaciones sociales, políticas y económicas.

Lejos de lo que uno esperaría de un especialista del orden financiero global, Wolf pone en el centro de su reflexión el rol y la integralidad de la ciudadanía. La lealtad a la comunidad política es una condición necesaria para la salud de cualquier sistema político y económico democrático.

Cierto sentido de identidad, de pertenencia mutua, que da forma a un *demós*, debe combinarse con la preocupación de los Estados democráticos por garantizar —sin sesgos de raza, etnia, religión o género— la igualdad de trato, acceso y el bienestar de sus ciudadanos. Para ello, enfatiza, todos los ciudadanos deberían tener la posibilidad razonable de adquirir una educación que les permita participar de la manera más plena posible en la vida de una economía moderna altamente calificada. También deben tener la seguridad jurídica necesaria para prosperar y las protecciones necesarias para estar libres de abuso físico y mental.

Una dimensión de solidaridad colectiva resulta clave para ese empeño. La política debe tratar de crear y mantener una clase media vigorosa, al tiempo que garantiza una red de seguridad para todos. Todos los ciudadanos deberían poder cooperar con otros trabajadores para proteger sus derechos colectivos; todos —especialmente los exitosos dueños de corporaciones— deben esperar pagar impuestos suficientes para sostener la sociedad que hizo posible su existencia.

A contrapelo de otras obras de similar tema y perspectiva, Wolf no propone un regodeo nostálgico en el pasado. Reconoce que es imposible volver a la década de 1960, bajo un mundo de industrialización masiva, con claras jerarquías y exclusiones étnicas, raciales y de género, donde los países occidentales todavía dominaban el mundo. Enfatiza que actualmente, con el cambio climático, el ascenso de China y la transformación del trabajo a partir de la tecnología de la información, los desafíos son diferentes. La necesidad de reformar la relación entre la política democrática y la economía de mercado está hoy impulsada por imperativos endógenos y por el ascenso global de la autocracia y el capitalismo burocrático.

Los seres humanos, recuerda el autor, deben y pueden actuar, tanto colectiva como individualmente, para reformar las instituciones que proveen a sus comunidades la seguridad, el bienestar y la libertad necesarios. Actuar juntos, dentro de una democracia, significa actuar y pensar como ciudadanos, por las generaciones presentes y futuras. Como señala Wolf, vivimos un momento donde confluyen la expansión del temor y la fragilidad de nuestra esperanza, donde solo el reconocimiento de los peligros (políticos, ambientales, tecnológicos) que enfrentamos y la lucha por superarlos puede convertir nuestra esperanza en realidad. El precio del fracaso, al igual que en otros momentos de la historia reciente de la humanidad, sería otro eclipse de la luz de la libertad y la justicia, colectiva y personal, a escala global. ~

ARMANDO CHAGUACEDA es politólogo e historiador, especializado en el estudio de la democracia y los autoritarismos en Latinoamérica y Rusia.

ENSAYO

El conservador ante el espejo de la modernidad

por **Manuel Arias Maldonado**



Álvaro Delgado-Gal
LOS CONSERVADORES Y LA REVOLUCIÓN
 Alianza, Madrid, 2023,
 296 pp.

Tras abandonar la dirección de *Revista de Libros*, publicación de merecido prestigio a cuyo frente se mantuvo durante la friolera de veinticinco años, Álvaro Delgado-Gal ha entregado un primer fruto de su recobrada libertad. Se trata de un ensayo brillante que presenta una factura desacostumbrada

en nuestro país y evoca el recuerdo de aquel Rafael Sánchez Ferlosio que exhibía la misma libertad de pensamiento que aquí nos encontramos: la que permite a su autor tomar desvíos inesperados, dar cuenta de su erudición sin proponérselo y defender tesis alejadas de las convenciones dominantes. De ahí que no sean raras las oportunidades para la discrepancia, que tendrán mayor o menor fuerza según cuáles sean las convicciones que albergue el lector. Pero se trata de una discrepancia fructífera: Delgado-Gal presenta una argumentación tan robusta que el lector habrá de reflexionar para saber por qué no está de acuerdo y a menudo se descubrirá asintiendo allí donde no esperaba hacerlo.

Sin sujetarse a las rigideces del trabajo académico ni caer en la superficialidad del ensayo divulgativo, Delgado-Gal ha acometido en este libro un estudio del conservadurismo que nace con las revoluciones modernas —con la francesa para ser exactos— y mantiene desde hace más de dos siglos una sostenida oposición al tipo de sociedad que aquellas han creado. El autor no toca de oídas: durante el zigzagueante recorrido que va de Burke a Duchamp, pasando por Nietzsche y los futuristas, se maneja con el aplomo de quien ha leído mucho más de lo que estas páginas alcanzan a recoger. Pero lo que se pierde en extensión se gana en accesibilidad: el libro está escrito con una prosa siempre fluida, pese a que abunda en adjetivos desusados que se dirían elegidos con la intención de maridar el tema de la obra con su estilo.

Delgado-Gal empieza por afirmar que vivimos tiempos revolucionarios: las instituciones y costumbres de la antigüedad —de la institución matrimonial al culto ritual de los muertos— no han dejado de verse erosionadas en los últimos dos siglos. El hombre contemporáneo es aquel que ha logrado salirse de las estructuras que decidían

por él; habita un tiempo que ya no está ritualizado, puesto a disposición de nuestro proyecto de autorrealización personal. Pero, tal como puede apreciarse en la literatura y las artes, la emancipación conduce al desorden. Y este desorden afecta especialmente al individuo de talante conservador. Este libro quiere *comprender* a los conservadores, a sabiendas de que su nacimiento es posterior al de los progresistas frente a cuyo empuje reaccionan.

Ahora bien: por más que el conservador lamente que el pasado haya sido sistemáticamente devaluado en nombre del futuro, sabe o debería saber que no tiene ninguna posibilidad de recuperar aquello que siente como perdido en la procelosa corriente de la historia moderna. ¡El conservador es un melancólico! Quizá por ello, como señala el autor, su reino apenas encuentre acomodo en este mundo. Tal como se señala en distintos momentos del libro, el conservadurismo tiene poco que ver con el liberalismo (el funcionamiento del libre mercado y el ejercicio de la libertad individual *producen* cambio social de manera inevitable) e incluso podría discutirse que el mismísimo dictador Francisco Franco sea tan conservador como se cree (¿acaso no abrió las puertas de la sociedad española al turismo de masas y propició un desarrollismo que modificaría las costumbres de sus súbditos?). Pero lo cierto es que ni siquiera el progresista sabe siempre a lo que atenerse, como demuestra la distinción —trazada aquí con agudeza— entre el progresismo ilustrado de corte gradualista y el progresismo mesiánico de orientación revolucionaria.

Tirando de este hilo, Delgado-Gal bucea en los dos liberalismos británicos (el contractualismo lockeano y el utilitarismo escocés), se ocupa de los libertinos franceses (que enfatizan el papel de las pasiones y por ello descreen de la ingeniería social) y desentraña a Burke (que defiende el pasado

por ser lo único que podemos dar por seguro, a la vista de la incertidumbre que rodea al futuro) antes de glossar a Oakeshott y discutir a Hayek. Una de sus conclusiones principales es que una sociedad de mercado no prescribe una moral, ya que esta última es incompatible con sus mecanismos de asignación de recompensas y con la impersonalidad de las reglas que la organizan. La consecuencia de ese estado de cosas es que el conservador —necesitado de un orden al que acogerse— queda a la intemperie. El autor deduce de aquí que la sociedad estamental, sobre cuya descomposición escribió Tocqueville, goza de una “inteligibilidad” de la que carece la sociedad moderna; quienes habitamos esta última no sabemos lo que *debemos* hacer, porque de hecho no tenemos que hacer sino aquello que *decidamos* hacer. Y no todo el mundo tiene claro qué hacer con semejante libertad; al menos eso es lo que le parece al conservador, que en eso se encontrará de acuerdo con el marxista.

De manera inopinada, es el escritor cántabro José María de Pereda quien da pie a Delgado-Gal para ilustrar la figura del reaccionario. A su juicio, la “misantrópía reaccionaria” de pensadores como De Maistre entró en contacto con lo peor de la tradición católica y alumbró un tipo humano de carácter desagradable, empeñado en pedir lo imposible —Donoso defendía la recuperación de la sociedad corporativa medieval— en total desacuerdo con su propia época. Delgado-Gal matiza que el estalinismo o el fascismo pertenecían a su tiempo; los reaccionarios, en cambio, viven en tierra de nadie. Del fascismo se ocupa el autor, por cierto, demostrando su conocimiento de la cultura e historia italianas. Le interesa destacar que el profascismo fue idealista y voluntarista, o sea progresista en el sentido originario del término; resulta sorprendente que autores como Giovanni Papini leyeran a William

James y tomaran de su pragmatismo lo que más les convino.

En la segunda parte del ensayo, Delgado-Gal se centra en lo que llama “la rebelión contra el lenguaje”, que no es sino la postulación romántica según la cual el individuo debe perseguir la autenticidad, rehuyendo la estandarización a la que nos someten el lenguaje que todos hablamos y los cánones artísticos a los que el artista solía sujetarse. De ahí que el autor censure por igual a Nietzsche, los surrealistas, Duchamp o Warhol: todos ellos quisieron reivindicar su originalidad y defendieron el uso de un lenguaje personal que resulta inservible para la comunicación humana. Para el autor, es una pretensión vana: el ser humano no puede escapar ni por un momento a su condición social. Es algo que no quiso comprender Sartre, empeñado en presentar al prójimo como fuente de alienación y proclive a defender una noción quimérica de libertad. Humanizarse, replica Delgado-Gal, es alienarse; la libertad se ejerce en un contexto y esa restricción es aceptada pacíficamente por los conservadores. El autor apunta que el último Wittgenstein recusa el modelo subjetivista de la tradición romántica —los hablantes se entienden porque hablan un mismo juego de lenguaje— y concibe al individuo en relación indisoluble con su comunidad. En el epílogo, recurre a Proust y T. S. Eliot para hablar de las clases sociales: otra estructura de sentido que ha dejado de funcionar, dando paso a un “gigantesco desclasamiento social” que a juicio del autor da lugar a “degradaciones diversas” que van del turismo de masas al empobrecimiento del arte o el deterioro de las costumbres.

Consciente de que el pasado no puede repetirse, Delgado-Gal dice conformarse con presentar una alternativa a la visión racionalista del mundo que comparten progresistas, socialistas y muchos liberales. Se trata de una alternativa difusa, por cuanto el regreso al pasado es imposible y,

como él mismo admite, indeseable en muchos aspectos; el conservadurismo aparece aquí paradójicamente dibujado como una filosofía de la sospecha, etiqueta que antaño se empleó para designar a ilustres críticos –Nietzsche, Marx, Freud– de la modernidad ilustrada. Pero es así: el conservador sospecha que la razón no lo puede todo, que el individualismo no dice la verdad sobre el sujeto, que depositar nuestra confianza en el progreso es cerrar los ojos a sus atrocidades. Y seguramente tiene razón, o parte de razón, en cada una de esas objeciones. De hecho, Delgado-Gal hila fino cuando arguye que la noción ilustrada de progreso nos pide renunciar a lo que somos en nombre de algo –el futuro– en lo que no podemos reconocernos. Es un argumento que nos ayuda a explicar el recelo que suscitan hoy el transhumanismo o las promesas de la inteligencia artificial.

Más discutible es la idea según la cual no podemos comparar el bienestar o la felicidad de individuos que habitan épocas distintas, pues la incardinación del sujeto en un orden –religioso, estamental o de clase– sería suficiente para dar sentido a su existencia. Si seguimos esta lógica, lo importante es que cada uno sepa cuál es su lugar: mejor la injusticia que el desorden. Algo parecido sucede con el disgusto que al autor provoca la caótica sociedad moderna, ya que no todo el mundo aceptará la tesis según la cual esta última es abundante en degradaciones; habrá quien crea que con ella se gana más de lo que se pierde y eso basta. En cualquier caso, discrepar con Delgado-Gal es un genuino placer del lector inteligente, que disfrutará en este ensayo con las sutiles trayectorias que dibuja un pensamiento original que no se esfuerza por serlo. ~

MANUEL ARIAS MALDONADO es catedrático de ciencia política en la Universidad de Málaga. Su libro más reciente es *Abecedario democrático* (Turner, 2021).

ENSAYO

Recuperar a Sieyès

por **Josu de Miguel**



Javier Tajadura Tejada
SIEYÈS Y LA LENGUA
DE LA CONSTITUCIÓN
Sevilla, Athenaica, 2023,
264 pp.

La editorial Athenaica acaba de publicar el ejercicio de cátedra universitaria de Javier Tajadura Tejada. Se trata de un volumen espléndido en la forma y en el fondo. Sieyès ha sido un pensador olvidado y malinterpretado a partes iguales. Entre nosotros, Ramón Máiz ya había realizado acercamientos de gran interés que venían poniendo en duda la forma en la que la doctrina constitucional francesa –ya no digamos española– había glosado la herencia teórica del abate de Fréjus. Recientemente, la jovencísima Lucia Rubinelli ha presentado al mundo anglosajón a un nuevo Sieyès a partir de los presupuestos de la exitosa e influyente Escuela de Cambridge.

Tajadura sigue en gran medida este camino: se trataría de volver a la historia sin los prejuicios conceptuales del presente, operación habitual que ha convertido el estudio del pasado en un gran relato al servicio de la ideología. Por eso este libro sitúa el foco en el lenguaje y por eso el prólogo corre a cargo de Muñoz Machado, actual director de la RAE. Nos recuerda este que la Revolución francesa fue esencialmente una batalla lingüística. Quien venciera en el terreno de las palabras, vencería en el terreno de las ideas y, por lo tanto, sería capaz de abrir con éxito lo que Koselleck llamaba “horizonte de expectativa”: un nuevo espacio temporal en el que la institucionalidad estaría condicionada por la operatividad triunfante de los conceptos políticos.

Una anécdota bastará para mostrar la importancia de la dimensión semántica. El conde de Aranda ordenó al embajador en París desde 1791, Domingo de Iriarte, que elaborase un diccionario con las palabras que había inventado la Revolución: el resultado fueron 271 vocablos que no solo cambiarían la historia del mundo, sino también de España. Carlos IV intentó por todos los medios parar la invasión léxica francesa prohibiendo todos los periódicos que se estaban creando en España, con la excepción del *Diario de Madrid*. El Decreto de Libertad de Imprenta de las Cortes de Cádiz dio paso a un torrente de nuevas palabras que ya no nos abandonarán hasta hoy: asamblea, soberanía, nación, liberal, separación de poderes, igualdad o derechos del hombre. Muchas de estas palabras fueron creadas por Sieyès, que planteó la necesidad de construir un nuevo sistema dirigido contra el vocabulario del Antiguo Régimen.

Lamentablemente, el relativismo terminológico –véase el impresionante glosario creado por Carl Schmitt en el laboratorio de Weimar– ha confundido el legado posterior del abate revolucionario. En efecto, fueron los propios franceses quienes atribuyeron a Sieyès un equívoco de grandes dimensiones, a saber: que la idea de poder constituyente, irrestricta y vinculada a la soberanía, tenía que dominar la escena política otorgando al parlamento poderes ilimitados y configurando un doble canon que permitiría distinguir entre dos modelos de democracia, la directa y la representativa. Una lectura atenta de los debates constitucionales en los que participó Sieyès –1791, 1795 y 1799– demuestra que su propuesta conecta mejor con la idea de democracia constitucional actual que con la praxis de la monarquía constitucional decimonónica.

Hay en Sieyès un gran esfuerzo por levantar una democracia asentada en la confianza ciudadana: su recelo hacia la representación sin vínculo y el elitismo virtuoso de los jacobinos se expresa bien

Esperando los días

por **Ricardo Dudda**



José Antonio Montano
OFICIO PASAJERO
Madrid, Sr. Scott, 2023,
300 pp.

en la teorización de un sistema de asambleas primarias que tendrían la función de nombrar a los miembros de las listas electorales, designar a los candidatos para formar parte de la administración o revocar en determinadas ocasiones a los diputados. En su concepción el sufragio no podía ser una función, sino un derecho tendencialmente universal que tendría que ejercerse en el contexto de lo que hoy llamaríamos republicanismo cívico: recuérdese la revista educativa que Sieyès empezó a publicar con Condorcet –censurada por los jacobinos– o su propuesta de crear una milicia popular para defender Francia y la Constitución.

En este sentido, uno de los grandes méritos del libro es el análisis de los memorables discursos de Sieyès, en los debates constituyentes de 1795, en los que para incomprensión de los allí presentes reivindicó la necesidad de establecer un jurado, antecedente de nuestros actuales tribunales constitucionales, que tendría como misión proteger la supremacía de la Norma Fundamental de los ataques del parlamento. Por lo tanto, el poder constituyente soberano debía desaparecer de la escena una vez terminada su principal misión –hacer la Constitución– y dar paso a una estructura jurídica limitada que cerrara definitivamente la Revolución.

Hablar de *nación soberana* también induce a otro malentendido que ya operaba en 1791: un sujeto político abstracto en manos de los representantes que obviaron que el abate diseñó un pueblo concreto, el tercer estado, con un interés preciso –la protección de la libertad de los modernos– y que reivindicaba el Estado como instrumento de *adunation* o igualación social y

jurídica. Una comunidad política, en definitiva, que no era el producto de un escenario contractualista puro, sino consecuencia de la historia entendida como despliegue del iusnaturalismo que plantearon antes, entre otros, John Locke y Adam Smith. Esta operación colocaba a la sociedad en el centro de la legitimación del sistema, presupuesto que después serviría para dar forma al Estado social creado tras la Segunda Guerra Mundial.

Sieyès, como nos recuerda Tajadura, sobrevivió a la Revolución, pero no al juicio de sus coetáneos. Tras cada fracaso personal se retiró a tiempo para salvar su vida, como cuando fue denunciado ante la Convención y un zapatero declaró que su única ocupación en la era del terror eran los libros. Fue nombrado embajador en Prusia y estuvo detrás del 18 Brumario que llevó a Napoleón al poder. Regicida sin matices de Luis XVI, tuvo que exiliarse en Bruselas catorce años cuando se restauró la monarquía en 1816. Allí compartió destino con su amigo J. L. David, el pintor de la Revolución (por cierto, no se pierdan el delicioso excursus artístico y fotográfico que el autor nos ofrece al final de la obra). Excepcionalmente longevo, Sieyès falleció a los 88 años el 26 de junio de 1836. *Le Quotidien de Paris*, con fino olfato periodístico, publicó una necrológica dos días después donde podía leerse: “Las ideas de Sieyès estaban ya en el ataúd cuando el abate fue a reunirse con ellas.” ~

JOSU DE MIGUEL es profesor de derecho constitucional en la Universidad de Cantabria. Su libro más reciente es *Libertad. Historia de una idea* (Athenaica, 2022).

(3/8/2023) Bajo a la Cala del Muerto con Silvia. Estamos los dos de color blanco nuclear. Empiezo los diarios de Montano. Los escribió entre 1989 y 1999, entre los veintitrés y los treinta y tres. Al principio su tristeza me paraliza. No hay nada del humor que tanto me gusta en sus columnas y tuits. “Hay pasajeros bienestares, y algún que otro brillo del día, pero el tono global es gris, triste, neurótico, desvaído. Una agitación sin movimiento, que es el signo del retorcerse –imagen del gusano”, escribe el 22 de abril de 1992. Disociación constante, la sensación de que la vida está en otra parte. Me acuerdo de la frase “*Life is soup and I am a fork*”.

El joven Montano pasea, lee muchísimo (Jünger, Nietzsche, Cioran, Onetti, Borges, Savater, Azúa), queda con amigos para también pasear (muchas veces se los encuentra de paseo y se juntan y trasnochan), se mueve entre Málaga y el pueblo familiar, Almogía, y no está cómodo en ningún sitio: es como un perro que da vueltas para sentarse pero no llega nunca a hacerlo.

(4/8/2023) Silvia ha hecho una *galette* con ciruelas y los higos que he recogido de la higuera que hay entre las tomateras. Sigo con los diarios de Montano. Su tristeza va madurando y se convierte en una melancolía placentera. Me gustan su taoísmo, sus esfuerzos por vivir en el presente y por buscar la paz y la belleza en el

LETRAS
LIBRES

suscríbese



ahora. “No es tan difícil todo, en realidad. Hay luz. El instante.” No hay apenas contexto del exterior; son diarios de introspección. Cuenta siempre lo mismo y cada vez lo cuenta mejor. El único contexto que hay son algunas novedades literarias, el ciclismo, algunos estrenos de cine. Me reconozco en sus vaivenes emocionales: se abre una grieta de emocionalidad y sensibilidad excesivas y por ella se le cueban los miedos, las neurosis, las obsesiones. Hay escenas preciosas: “Dicen que mi abuelo solo soñaba estos últimos días con fuentes y pozos. Hablaba de todos los pozos que conoció, de su agua, de cuando él llevaba a las cabras a beber en ellos.”

(5/8/2023) Montano se apunta a varias oposiciones. Trabaja de conserje, de bibliotecario. Colabora como guionista en Antena 3. Viajes a Madrid, sin la idealización que tienen muchos españoles de provincia con Madrid. Se siente cómodo pero es consciente de que la ciudad no es para tanto. En Madrid, vida más o menos bohemia, de una bohemia anticuada y literaria: whiskys, prostitutas, conversaciones literarias en cafés. Poco a poco va ganando confianza en sí mismo. Aunque es un diario sin humor, hay momentos en los que se nota que es un autor que sí lo tiene: escribe sketches, está siempre “de ironías” con los amigos (aunque a veces se crea él mismo jaulas de sarcasmo de las que no puede salir; es la ironía como escudo).

De nuevo su taoísmo y *presentismo*. Una “refutación del tiempo” de Borges: “El presente es indefinido, [...] el futuro no tiene realidad sino como esperanza presente, [...] el pasado no tiene realidad sino como recuerdo presente.”

Por la noche, después de ver el último capítulo de *How to with John Wilson*, y mientras Silvia duerme, veo *How do you measure a year?*, un corto en el que Jay Rosenblatt entrevista a su hija desde los dos a los dieciocho años. Las preguntas son malas, como “¿Qué es el poder?”. La niña de tres años le

responde “vagina” porque ha entendido *powder* (polvos) y no *power*.

(6/8/2023) Dos historias de Montano que me emocionan mucho. Su viaje a Lisboa, que está lleno de vida, es libre y curioso y entusiasta y la melancolía se queda en melancolía. Su relación con Herly, una colombiana. Se tiene que volver a su país. Al poco, se entera de que tiene cáncer. Parece que se ha recuperado. Llamadas, cartas. Una muerte repentina, Montano se entera seis meses después, cuando habían cortado el contacto. “Hubiese querido consolarla; decirle al menos que fue *la première fille*, y por tanto *la dernière que l'on oublierá*. Pero se ha ido sin saberlo. Me gustaba verme como ella me veía. Esa parte se ha muerto también; la sensación de que el mundo me quiere menos. Los escaparates parecen más fríos. Ahora estoy yo solo para recordar.”

La belleza es frecuente, dice a menudo. A veces parece que realmente se lo cree; otras parece que quiere convencerse de ello, es una resignación. Su tristeza no desaparece, pero hay una especie de cansancio o madurez que la atempera. Con las emociones más controladas, el joven Montano respira, puede asomarse un poco a la vida y observarla tal y como es.

El Montano de *Oficio pasajero* es un escritor sin obra. Está ahí todo lo que hace a uno escritor (al menos en la idea clásica que se tiene de un escritor), sus obsesiones y neurosis y frustraciones, su mirada; el joven Montano está constantemente escribiendo en su cabeza, pero no va más allá. Solo están estos diarios, algún poema, los guiones y sketches para la tele, puramente alimenticios. Me identifico con su neurosis obsesiva, su cabeza pensando mucho más en lo que hay que hacer que haciéndolo. “No hago nada, pero siempre estoy pensando en hacerlo; de ese modo nunca percibo las cosas como si nada hiciera. Esta es mi situación, algo patética (y, desde luego, sin salida): no soy artista, pero tampoco dejo de serlo.”

(7/8/2023) Vamos a Mazarrón a ver a Dani y Paco. Dani trabaja en un bar. Paco en un supermercado. Sus profesiones de cara al público les permiten estar actualizados de lo que pasa en el pueblo. En un paseo nocturno, se paran a menudo y cuchichean: esa es la casa del alcalde, esa la del cura corrupto.

(8/8/2023) Anoché terminé los diarios de Montano emocionado. No he dejado de compararlos con los de Rafael Chirbes, que también he leído este verano. Hay referentes parecidos, un canon o una aspiración del canon similar, a pesar de los casi veinte años de diferencia. Hay una amargura por la soledad, y una búsqueda de la compañía en los márgenes de la sociedad. Pero a Chirbes el éxito no le cambia. Se da demasiada pena a sí mismo, le gusta hundirse. Me gustan más los diarios de Montano, sin grasa, sin peroratas, sin autocomplacencia. Montano quiere vivir, en el fondo es un vitalista. “Que vayan viniendo los días: aquí los esperamos. A ver qué pasa.” ~

RICARDO DUDDA (Madrid, 1992) es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Este mes publica *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide).

CUENTOS

Un Aleph simple

por **Patricio Pron**



Osvaldo Soriano
ARQUEROS, ILUSIONISTAS
Y GOLEADORES
Edición y prólogo de Ángel
Berlanga
Madrid, Altamarea, 2023,
280 pp.

“No había gran cosa para divertirse en aquel pueblo. Las calles eran de tierra y para ver el asfalto había que salir a la ruta, que corría recta, entre bardas y chacras, desde General Roca hasta Neuquén. Cualquier cosa que llegara de Buenos Aires se convertía

en un acontecimiento. Eran treinta y seis horas de tren o un avión semanal carísimo y peligroso, de manera que solo recuerdo la visita de un boxeador en decadencia que fue a Roca, al equipo de Banfield, que llegó exhausto a Neuquén y a unos tipos que se hacían pasar por el trío Los Panchos y llenaban el salón de fiestas del club Cipolletti. Los diarios de la capital tardaban tres días en llegar y no había ni una sola librería ni un lugar donde escuchar música o representar teatro. Recuerdo un club de fotógrafos aficionados y la banda del regimiento que una vez por mes venía a tocarle retretas a la patria. Entonces solo quedaban el fútbol y las carreras de motos, que empezaban a ponerse de moda.”

Osvaldo Soriano nació en Mar del Plata en 1943 y murió en Buenos Aires en 1997; cuando escribió las líneas anteriores tenía unos cincuenta años de edad y el mundo era tan distinto del que había conocido en una infancia y una adolescencia giróvagas —su padre trabajaba en Obras Sanitarias y era trasladado habitualmente: a San Luis, a Río Cuarto y más tarde a Cipolletti, en la provincia de Río Negro— que debía de haber olvidado que, como afirmó Raymond Williams, “las nostalgias de los demás nos ofenden”. “Escuchábamos a Billy Cafaro y quizás a Eddie Pequenino, pero yo no iba a bailar porque eso me parecía cosa de blandos”, recuerda en “Primeros amores”, el texto con el que abre *Arqueros, ilusionistas y goleadores*. No es fácil explicar a un lector español y a uno mexicano de qué modo resuenan en uno argentino la desposesión sobre la que Soriano escribe, los nombres de Cafaro y de Pequenino, la palabra “retretas”. Explicarle a un lector argentino todas estas cosas —y la razón de los nombres de los clubes Honor y Patria, Estrella Polar, Laureles Argentinos y Excursionistas— es innecesario, o debería serlo. Soriano publicó *Triste, solitario y final*, su primera novela, en 1973; había comenzado a trabajar como periodista unos diez años antes y ya escribía en

algunos de los medios más importantes del país, *Primera Plana*, *Panorama*, *La Opinión* y *Noticias*: por consiguiente, en 1976 tuvo que exiliarse. Publicó dos novelas antes de regresar a Argentina, *No habrá más penas ni olvido* (1978) y *Cuarteles de invierno* (1980); para cuando volvió al país, en 1984, era uno de los escritores argentinos más leídos de su generación, un estatus que ratificaron sus siguientes novelas —*A sus plantas rendido un león* (1986), *Una sombra ya pronto serás* (1990), *El ojo de la Patria* (1992) y *La hora sin sombra* (1995)—, sus recopilaciones de artículos, las adaptaciones a la pantalla de muchos de sus libros y sus contratapas en el periódico *Página 12*, en el que trabajó desde su fundación en 1987 hasta su muerte.

Escribir literatura popular, trabajar para la prensa y vender muchos libros no son cosas de las que un escritor deba abochornarse —aunque tampoco sirven para derivar de ellas una opinión sobre la calidad de su obra: hay literatura popular pésima y magnífica; en los periódicos, escritores solventes y simples trols con nombre y apellido; que muchas personas compren un libro no es sinónimo de que el libro sea bueno y ni siquiera de que sea realmente leído, etcétera—, pero a Soriano lo penalizaron, y la universidad argentina nunca mostró demasiado interés en su trabajo, en oposición al de muchos autores de su generación, algunos de ellos singularmente menos talentosos. Sin el apoyo de la universidad, y tras su muerte, su obra, a pesar de haber continuado siendo leída, parece haber caído en el cono de sombra del que intentan sacarlo ahora la pequeña editorial española Altamarea y el periodista argentino Ángel Berlanga: la primera publicó este año *Cuarteles de invierno* y Berlanga, que es editor y prologuista de *Arqueros, ilusionistas y goleadores*, acaba de publicar *Soriano*, una biografía del autor.

Quizás nuestra época pueda hacer escaso uso de expresiones como “insiders”, “fulbás”, “jas”, “centrofóbal”, “wines”, que —para Soriano, que jugó

como centrodelantero en equipos semiprofesionales durante su juventud— son testimonio de una época específica, con su sensibilidad y su orden determinados: pero, habiendo reducido la épica en el fútbol a una cuestión de traspasos y conquistas amorosas de los jugadores, haría bien en prestar atención a los personajes de este libro, defensores de extrema y gozosa violencia, árbitros acomodaticios, comisarios que encarcelan a los visitantes cuando ganan al equipo local, delanteros temerarios que prefieren pasar por la cárcel a arruinar una jugada de gol, jugadores tueritos, entrenadores perseguidos por la mala suerte que “revolucionan” las reglas del juego colando en el campo un duodécimo jugador. De sus vidas modestas y sus afanes modestos en los campos de juego al borde del desierto Soriano supo extraer una épica particular, una literatura popular cuyos referentes pueden encontrarse en la muy poco popular literatura de Jorge Luis Borges, Ernest Hemingway y Raymond Chandler —a quien Soriano definió en una ocasión como un “romántico irónico”, algo que también podría haber dicho de sí mismo— y una moral: si las victorias son relativas también lo son las derrotas, parecen pensar los perdedores de sus libros. El autor de *Triste, solitario y final* extrajo también de esas vidas un documento de época, un modo de hablar de política —es sorprendente descubrir la mucha que hay en estos relatos que, aparentemente, “solo” hablan de fútbol— y una risa franca, inocente como los filmes de Mack Sennett y la candidez de Buster Keaton. Pero Soriano no fue un escritor inocente, y este libro incluye, entre otros textos, “Otoño del 53”, un Aleph simple en el que se superponen todas las imágenes argentinas del siglo xx y es uno de los mejores cuentos que se hayan escrito en ese país en cualquier época. ~

PATRICIO PRON es escritor. En 2021 publicó una antología de sus relatos, *Trayéndolo todo de regreso a casa* (Alfaguara).

La caducidad del amor

por Valeria Villalobos-Guizar



Vivian Gornick
EL FIN DE LA NOVELA
DE AMOR
Traducción de
Julia Osuna Aguilar
Ciudad de México, Sexto
Piso, 2023, 256 pp.

Ahora que leo el más reciente libro de ensayos en español de Vivian Gornick, *El fin de la novela de amor*, pienso que tal vez el amor romántico, simbolizado en la institución del matrimonio, es para la escritora estadounidense una suerte de estrategia de compensación caduca, sencillamente porque ya no ofrece los beneficios consolatorios que tal vez ofertaba antes. Con la caída de esta herramienta de dotación de sentido, también se agotaron los relatos que la impulsaban, primordialmente la novela de amor. Para dar cuenta de esta tesis, Gornick —tan aguda lectora como escritora— traza un recorrido por importantes obras de la literatura en lengua inglesa del siglo xx, en donde busca evidenciar cómo ni el amor romántico ni el matrimonio representan ya para nuestra época la realización personal y la conquista de la felicidad que antes parecían asegurar.

En los once ensayos que conforman el libro, Gornick recorre la obra y algunos episodios de la vida de autoras y autores como Virginia Woolf, Raymond Carver, Grace Paley, Richard Ford, Willa Cather, Hannah Arendt, Jean Rhys, Christina Stead, Kate Chopin y Jane Smiley, entre varios otros. Desarrolla un minucioso escrutinio en sus formas de representar y narrar la idealización, el rechazo, la desilusión o el declive marital, para concluir que la novela de amor es ya un

género inútil para el autoconocimiento del lector y su mundo.

No obstante, como ya hizo en otras obras suyas (por ejemplo, *Cuentas pendientes. Reflexiones de una lectora reincidente*), la escritora estadounidense no se limita a mostrar sus talentos críticos con una prosa eficiente, fluida, divertida en ocasiones y llena de remates contundentes y estremecedores, sino que introduce reflexiones sobre su propia experiencia —como niña, como mujer, como amante o como lectora—, para demostrar las potencialidades de la literatura como herramienta de autodescubrimiento; al final, como es bien sabido: la ficción es un tipo de verdad.

Gornick creció en un barrio de clase obrera e inmigrante del Bronx, un lugar marcado por una importante indiferencia emocional y una atmósfera de conflicto; y sin embargo, cuenta la autora, la palabra clave en ese mundo era “Amor”; ese amor romántico tan impulsado por Occidente que supuestamente revolucionaría su vida pequeña y timorata, así como la de cualquiera a su alrededor; un amor con poderes transformadores capaz de, finalmente, poner en el centro de la experiencia a quien lo vive. “Yo creo que nunca puse un pie en una casa donde sintiera que los padres se querían o se habían querido en algún momento. Fui consciente desde bien pronto de que los matrimonios de mi alrededor se habían casado por un conjunto de necesidades más fuertes que la ausencia de pasión. Aún así, todo el mundo creía en el amor”, escribe Gornick. Y continúa: “Por supuesto que también en el Bronx sabíamos que el amor era el logro supremo. Lo sabíamos porque nosotras también llevábamos toda la vida leyendo *Anna Karénina*, *Madame Bovary* o *La edad de la inocencia*, así como las diez mil versiones más populares de esos libros y las novelas de quiosco.”

La literatura, como tantas otras estrategias compensatorias, hace insinuaciones a nuestra educación sentimental, pero también da muestras de su transformación y de la orfandad

que puede generar la disolución de algunas de estas herramientas de consuelo, así como la pérdida del discernimiento que estas parecían traer consigo:

Cuando Emma Bovary se aflojaba el corsé ante un hombre que no era su marido, o Anna Karénina huía del suyo [...], estaba realmente arriesgándolo todo por amor. La respetabilidad burguesa tenía el poder de convertir a todos esos personajes en parias sociales. Se requería fortaleza para soportar el ostracismo. De asumir semejante riesgo, podía surgir la fuerza de sufrimiento que trae consigo lucidez y discernimiento. En nuestros días no hay penas que pagar, ni un mundo de respetabilidad del que puedan excomulgarte.

Sabemos ya demasiado del amor, dice Gornick, y tanto más del matrimonio; después de la psicoterapia, el divorcio, los feminismos y tantas otras cosas, cuando ya ninguno consiguió “llevarnos a la tierra prometida que contenían, llegaba la tristeza, la furia, la confusión”. Ese momento desconsolador, del que emergió literatura sobre la desolación conyugal de escritores como John Cheever, tendría que desembocar después, reflexiona la autora, en una literatura en la que el amor romántico ya no podría ser el principio organizador: “la idea del amor como medio de iluminación —tanto en literatura como en la vida— llega ahora como una especie de anticlímax. Si en una historia (así como en la realidad) ni los personajes ni el narrador comprenden, *de partida*, que el amor no es sobre lo que gira todo, entonces la historia sabrá al concluir solo lo que sabía al principio”.

Hace cien años, afirma Vivian Gornick, gracias a la metáfora del amor romántico, la literatura prometía la comprensión de nosotros mismos y tal vez algo del adiestramiento del mundo; ofrecía ser una luz que iluminara parte de las respuestas a las irrenunciables pero incontestables

preguntas sobre quiénes somos y cómo llegamos a ser quienes somos. Pero “hoy, el amor como metáfora, a mi entender, es un acto de nostalgia, no de revelación”. Según Gornick, la literatura tendrá que encontrar nuevas metáforas que nos arriben esa nostalgia de la luz para brindarnos una nueva forma de acercarnos a nuestra oscuridad. ~

VALERIA VILLALOBOS-GUIZAR es profesora en la Universidad Iberoamericana.

NOVELA

Todo está conectado

por **Aloma Rodríguez**



Ali Smith
FRAGUA
Traducción de
Magdalena Palmer
Madrid, Nórdica, 2023,
212 pp.

Tras el cuarteto estacional, Ali Smith (Inverness, 1962) publica *Fragua*, con cierta licencia en la versión española, porque el título original es *Companion piece: a novel*. Sandy Gray, la protagonista y narradora, comienza el libro tratando de visitar a su padre en el hospital. Estamos en Reino Unido y en época de restricciones covidicas, aunque lo que retiene a su padre ingresado no es el virus sino una afección cardíaca. Sandy recibe una llamada de una compañera de la universidad a la que finge recordar vagamente, que le cuenta una historia donde lo importante está deliberadamente enredado en una aventura con los policías del aeropuerto. De lo que le quiere hablar es de lo que sucede en la sala donde la retienen los policías, el paquete que contiene la pieza cuyo regreso al museo ha custodiado, la cerradura Boothby: “A primera vista ni siquiera se te ocurre que sea una cerradura ni que tenga

un mecanismo dentro, no hay forma de saber cómo o dónde se introduce la llave para abrirla. Es difícil descubrirlo aunque sepas dónde mirar. Se ha hecho de manera que imita una cerradura cubierta por hojas de hiedra, pero decir hojas de hiedra tampoco le hace justicia, pues cada una de esas hojas de hiedra metálicas es igualita a una hoja real y sin embargo sabes que no lo son, pero al sostenerla en la mano te transmite la misma sensación que una hoja de verdad. Y al mirarla vuelves a acordarte de lo asombrosas que son las verdaderas hojas de hiedra en crecimiento. Y los zarcillos, literalmente se alargan al mirarlos, son tan perfectos, tienen, un, no sé cómo llamarlo, un ritmo, como si fuesen flexibles y móviles. Y cuando intentas abarcarlo todo con la mirada, los zarcillos y las hojas parecen crecer a medida que observas lo que el barón o quien fuese cerraba con ella.” Cuando la abre, oye una voz que le dice: “*Zarapito [curlew] o cubrefuego [curfew]*. Y luego añadió: *tú eliges.*”

La novela está dividida en tres partes: “Tú eliges”, “Zarapito” y “Cubrefuego”. Lo que la amiga quiere es que Sandy le ayude a resolver el enigma: ¿de qué hablaba la voz? Sandy improvisa una explicación basándose en la única pista, las palabras: “Bueno, esa es la clave, dije. Hay una elección. Y esa elección es entre *tiempo* y *pájaro*. Me refiero a la noción o realidad de tiempo y la noción o realidad de un pájaro. El zarapito es un pájaro y cubrefuego es un galicismo por toque de queda, la hora del día después de la cual las personas tienen prohibido salir, por orden de la autoridad. Antiguamente el toque de queda era una campana que sonaba de noche e indicaba a la población que tenía que cubrir los fuegos de sus hogares.”

La segunda parte de la novela se va construyendo con escenas o segmentos precedidos por un epígrafe que es una contraposición, por ejemplo: “Adiós vs. hola”; “Historia vs. mentiras” o “Imaginación vs. realidad”. Lo

que sucede es que Sandy se entera de algunas cosas con respecto a su antigua compañera: sus hijas, gemelas, creen que Sandy ha seducido a su madre y aplican sobre ella la misma intolerancia de la que se quejan en el trato de su padre hacia ellas. *Fragua* está llena de juegos de espejos y de ecos, temas que se repiten con ligeras variaciones: Sandy también reprocha a su padre que no la comprenda, la incompreensión se ve en el cuadro de Sandy que descansa en el garaje del padre. La madre de Sandy abandonó a su marido y a su hija.

Y luego está la tercera parte de la novela, “Cubrefuego”, donde se cuenta la historia (¿leyenda?), bastante trágica, de una forjadora a la que Sandy cede la voz y el protagonismo. La cerradura del principio funciona como bisagra entre los dos tiempos, el de Sandy, siglo XXI, y el de la forjadora, siglo XVI.

Fragua es un libro sobre las palabras y lo que hacemos con ellas: contar historias, pero también contarnos a nosotros mismos. Entre otros asuntos, el de la identidad ocupa un lugar importante en la novela, solo que se aborda el tema sin doctrina, sin imposición, más planteando una pregunta que imponiendo un dogma. Entre las habilidades de Smith, además del humor, está la de esbozar asuntos de actualidad (el covid, la identidad sexual y de género) sin que resulten oportunistas, en parte por esa ausencia de dogmatismo, en parte porque conviven con reflexiones sobre el arte o retratos de relaciones entre padres e hijos (hijas, en este caso). La novela es un ejemplo de la razón que da Sandy sobre por qué ella cree que los libros son importantes: “porque son una de las formas en que podemos imaginarnos de otra forma”. En este no termina de revelársenos su naturaleza, y tampoco es del todo necesario. Por eso, quizá, ese final abierto y prometedor. ~

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Este año ha publicado *Puro glamour* (La Navaja Suiza).